ARQUITECTURA Y ARQUITECTOS DEL MARRUECOS ESPAÑOL

Por LUIS ANTONIO DE VEGA

Hubo una época en la que a Marruecos en particular y a los musulmanes en general pretendió negárseles todo: capacidad para la industria, sentido artístico, cultura, amor a la ciencia... Parecía como si el sultanato no hubiera sido otra cosa que un amasijo de tribus bárbaras, entre las cuales debía resultar un poco difícil de explicar el florecimiento de la arquitectura, en los dos índices de las dos torres hermanas de la Giralda, la que se quedó achaparradita y algo alejada de las murallas en Rabat el Fath, la Torre de Hassán, y la otra más esbelta y graciosa, la Kutubía de Marrakech, y con ellas tantas otras edificaciones primorosas.

Puertas ciclópeas de Mequínez, tumbas de los sultanes saaditas, la Bahía de Marrakech, la Kasbah de los Udaías de Rabat, y fuera del marco de construcciones urbanas, las kasbahs del Atlas, las residencias de tipo feudal de los Guelauis en la dura geografía montañera.

Cierto que a la llegada de españoles y franceses, Marruecos vivía de su pasado, que en su territorio no se construía una sola obra de importancia, ni siquiera un edificio público. El sultanato había llegado a un grado de postración inverosímil y nadie hacía el más mínimo esfuerzo por poner en pie una cultura que dejó inteligentes huellas a lo largo de todo el Mediterráneo.

Las mezquitas y sus minaretes constituían los monumentos más admirables. El gusto oriental por la cúpula y la filigrana aérea se detiene en la línea que fija la frontera entre Argelia y Túnez; a Marruecos no asoman los "mucharabiechés" ni se retuercen a la manera que los otomanos copiaron de los bizantinos. Los alminares marroquíes son octogonales o cuadrangulares. Con sencillos techos en pendiente, en lugar de terrazas, la mayoría de los templos religiosos de Marruecos presentan tejas verdes, posiblemente porque, según está escrito en el Korán, fué el verde el color que amó el Profeta.

Los arabescos, en combinaciones variadas de mosaicos amarillos, negros, blancos y verdes, les sirven de motivos decorativos.

Palacios, jardines, puertas, murallas, todo demuestra la existencia de unos siglos en los que el arte arquitectónico, lejos de ser desdeñado, alcanzó gran esplendor en el Imperio del Ocaso.

Pero tal vez no sea en los monumentos más notables donde haya que buscar la impronta del genio de los arquitectos musulmanes, sino en el tipo de casa media, allí donde el arte no se ha desmoronado al detenerse, como las manecillas de los relojes de sol, en una hora pretérita, que fué necesario adelantar y poner a tono con la actual para una colonización inteligente.

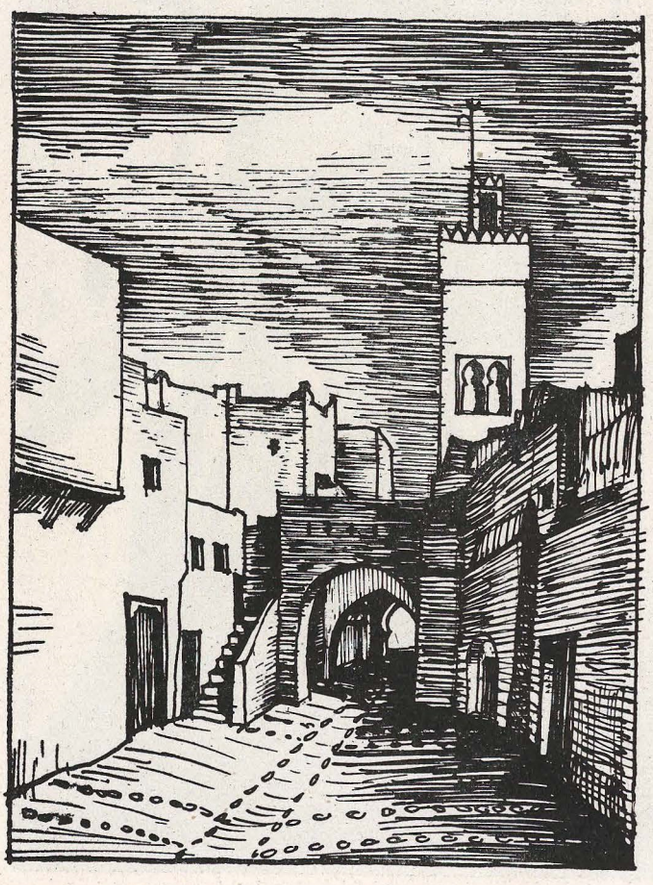
La casa marrueca está formada por un cuadrilátero irregular, del cual tres lados interiores se dedican a alcobas, siempre largas y estrechas, y el cuarto a cocina y dependencias, con arranque de escalera de peldaños muy empinados. El centro constituye el "uestdar" (centro de la casa), el patio, descubierto pero rodeado por arcos o columnas que forman pasaje cubierto bajo el suelo saliente del pasillo del piso alto. Las habitacones de éste corresponden con las de la parte baja, y ni unas ni otras tienen huecos a la calle, sino al "uestdar", que se halla pavimentado en unos casos con mosaicos minúsculos, de muchos colorines; en otros, con mármol en losetas blancas y negras, y en las casas más pobres sencillamente con ladrillos encarnados. Las columnas que lo rodean están encaladas y unidas unas a otras por la ojiva característica del estilo moruno.

El corredor dibuja un recodo, de manera que aun estando la puerta abierta desde el exterior no pueda verse de la casa sino un retazo de muro.

La decoración de las paredes y, en ocasiones, el adorno de las columnas, continúa siéndolo el mosaico, y el de los techos la madera labrada o pintada con colores múltiples y siempre con dibujos geométricos. Como el Libro Sagrado lo tiene prohibido, en los motivos de ornamentación no figuran nunca plantas, flores ni seres pertenecientes a ninguna fauna: arabescos, combinaciones de líneas rectas, curvas o quebradas.

Ya hemos indicado que durante mucho tiempo no se había construído ningún nuevo edificio público o privado de alguna importancia arquitectónica en Marruecos. Su aislamiento sistemático y el horror que siente el marroquí por todo cambio o novedad contribuyeron a que la casa mora se perpetuara de unas a otras generaciones.

Ruinas, por todas partes ruinas... Es inconcebible que una nación entera no se preocupase por poner en pie todos los signos de grandeza que paulatinamente se le iban derrumbando; murallas, puertas, palacios... Por todas partes desconchaduras, grietas. Un abandono infinito. El árabe tenía motivos suficientes para sospechar que la invasión bereber reduciría a cenizas una civilización primorosa y tal vez por esta causa no hizo nada por evitar su desmoronamiento.



A la llegada de los europeos al Imperio del Ocaso se hallaron con ruinas por todas partes. Al principio fué el aluvión de cantineros, gente que buscaba la aventura, contratistas, encargados de los suministros y una pequeña burocracia que tuvo que instalarse en las ciudades donde les llevaba su negocio o allí donde habían sido destinados. Se alojaron principalmente en las juderías, que no eran los lugares mejor acondicionados para recibir inmigrantes.

Inmediatamente se comprendió la urgencia de la necesidad de construir nuevas edificaciones. Con un sentido inteligente de lo que debe ser una colonización —muchas veces una superposición de civilizaciones, pero nunca una substitución— decidieron no levantar nuevos edificios en las medinas o juderías ya construídas, sino crear ciudades satélites, ciudades nuevas.

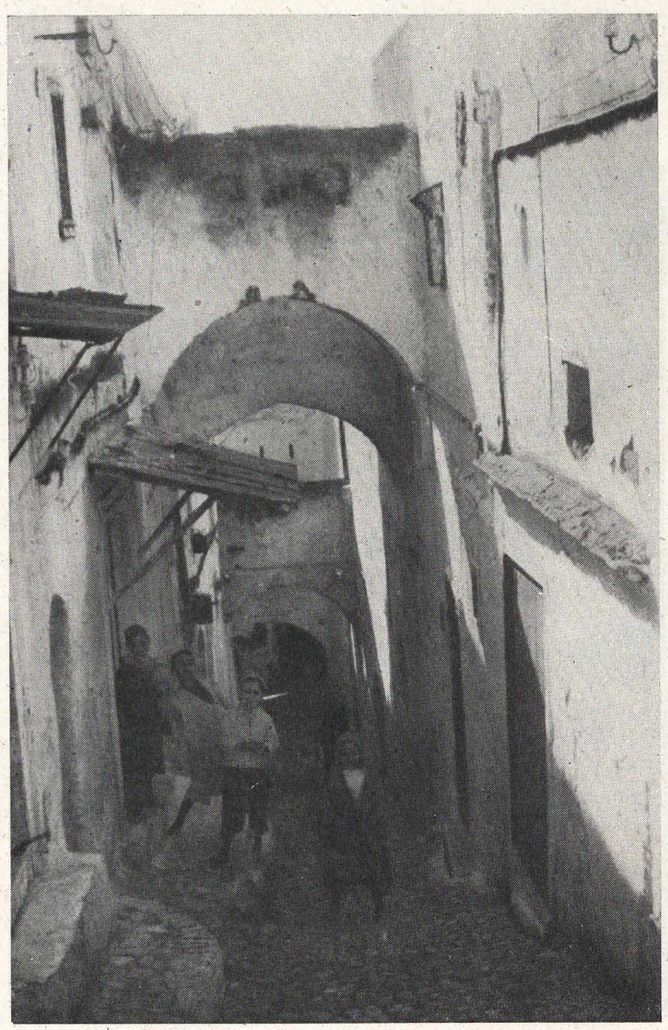
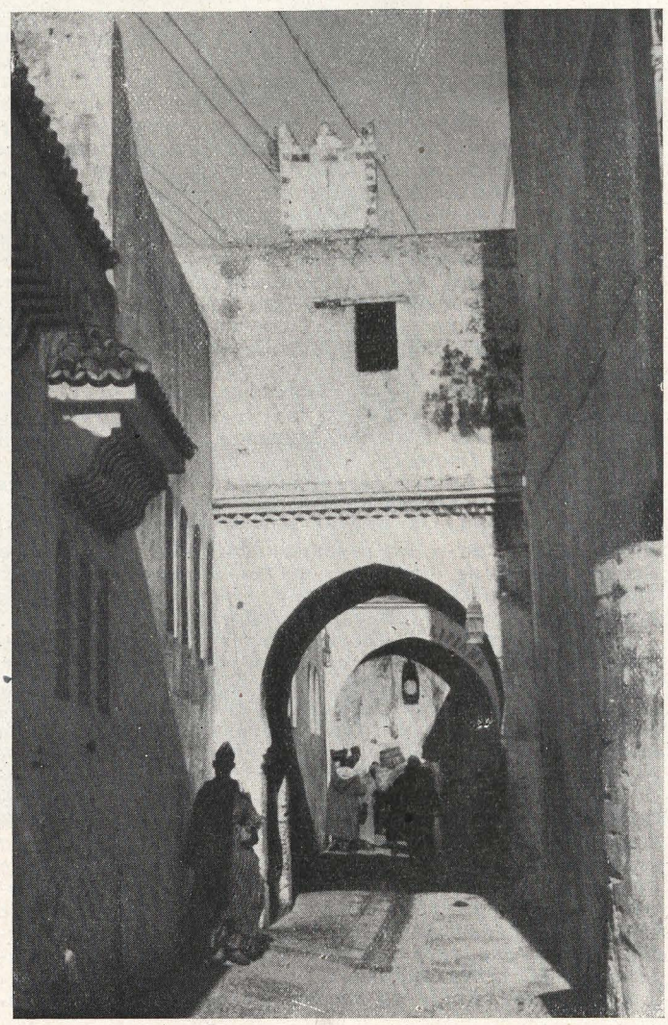
Franceses y españoles han resuelto de distinta forma el problema de la nueva villa. Ellos —Ville Nouvelle de Fez, Meknés Lafayetta de Mequínez, El Gueliz de Marrakech, y hasta si se quiere, el mismo Busbir de Casablanca— alzaron las nuevas edificaciones a distancia de tres y cuatro kilómetros de las urbes indígenas. Entre la ciudad antigua y la recién inaugurada, el campo. Nosotros, con un respeto idéntico hacia lo marroquí, respetamos igualmente los recintos amurallados. No se construyeron casas modernas junto a las kasbahs ni las mezquitas; pero no consideramos necesario poner el campo entre protectores y protegidos. Buscábamos y deseábamos una buena vecindad y las nuevas villas surgieron a la vera de los melahs y de las medinas, separados únicamente por algún retazo de muralla o por algún bastión que todavía se hallaba en pie.

Así se hizo el primer ensanche de Tetuán, y más tarde el segundo, desde la Plaza de la Iglesa Católica hasta el campamento, y así se insinúa el tercero, en dirección a la Aguada.

Lo mismo que en Tetuán aconteció en Larache. La villa europea comenzó a extenderse en el Zoco de Fuera, es decir, al lado de la muralla que daba al campo; y lo que primero fueron barracones de madera y de mampostería se convirtieron en la gracia arquitectónica de la Plaza de España, que en lo moderno da la réplica a lo antiguo de la Alcaicería, el rincón más bello del Jalifato, que fué construído por españoles también.

En Arcila, en la parte externa de Puerta de Tierra, se insinuó el Ensanche; en Alcazarquivir y en Xauen se continuó con el mismo procedimiento y arraigados a idéntico propósito.

El temor de olvidar a alguno de ellos me hace no dar una lista de los arquitectos que han pasado por el Protectorado y las obras que bajo su dirección se levantaron; pero todos tuvieron en cuenta cosas fundamentales, sin las que Marruecos habría quedado arquitectónicamente destrozado, y estas cosas fueron: tradición, paisaje, geografía... Las estaciones de los ferrocarriles, aunque en Marruecos no hubiera existido jamás no solamente una línea férrea sino ni una carretera, tenían que llevar, dentro de la modernidad del edificio, el sello moruno; lo mismo los puentes y las comandancias que los edificios destinados a cuarteles, escuelas, dispensarios u oficinas públicas.

Marruecos quedó salpicado de buena arquitectura, porque no se olvidó todo lo dicho y posiblemente también porque la vecindad con los melahs y las medinas no permitía fantasías, que podían ensayarse a varios kilómetros de las murallas, donde no descompusieran el paisaje; pero lo cierto es que cuando otros países las han ensayado, el éxito ha distado mucho de sonreírles.

Esto en lo que se refiere a las construcciones recientes. En la restauración de las antiguas se ha obrado con exquisito tiento. En las fontanas, en las puertas, como la de la Kasbah de Larache, graciosa en su sencillez, en la Alcazaba, medio derruída, de Xauen y en cuantos edificios hubo necesidad de que interviniera el arquitecto español. A todas partes se ha llevado comprensión y amor al indígena; y como la maestría no faltaba, ahí está el prodigio de las ciudades viejas de un cuarto de siglo nada más, y ya con solera marroquí, con preocupaciones urbanísticas y superándose cada vez que ha de construirse una casa, trazarse un nuevo barrio moro, una mezquita, una sinagoga o una iglesia.